

CONDICIONES DE SUSCRICION.—Las suscripciones empiezan en los dias 1.º y 16 y terminan en los trimestres naturales.—El pago de la suscripcion y anuncios es adelantado, y puede hacerse para fuera por medio de sellos de correo ó libranzas á favor del administrador de «El Constitucional» en carta certificada.

Se admiten remitidos y comunicados á precios convencionales.—No se devuelve ningun original.

PRECIOS DE SUSCRICION, DE ANUNCIOS Y COMUNICADOS.—En esta ca... al mes 7 rs.—Trimestre, 20.—Fuera, trimestre, 23.—Teniendo que girar con... los suscritores, 25.—Anuncios, 15 céntos de real linea del tipo 9 á los suscritos... á los que no lo sean. En la seccion local y en gacetas, 1 real linea.

La redaccion y administracion de «El Constitucional» se hallan establecidas en la calle Mayor, núm. 3, principal.

ESPIRITU DE LA PRENSA. LA LEY DEL EMBUDO.

Con que es decir que despues de tantos años de liberalismo y de amor á los derechos individuales, ilegales es irremediable, salimos ahora pidiendo la suspension de garantías y autorizando al gobierno que adopte medidas extraordinarias y que suspenda los efectos de la ley fundamental del Estado? ¿Que hay facciosos carlistas que alzan la voz y ponen en peligro la república, cuando indudablemente los federales? Pues las facciones existian durante el ultimo periodo de la monarquía, y sin embargo los republicanos gritaron como energúmenos el día que á un ministerio conservador le ocurrió proponer esas medidas, que habian sido ya salvadoras. La justicia federal es la ley del embudo, y ya nosotros acostumbramos á su conducta en todas las cuestiones que tiene que resolver el Estado? ¿Cuanto tiempo inútilmente paró el desengancho para el país en el brevísimo tiempo que llevamos de república? Nada de lo que se ofreció desde la oposicion se realizó. La república es el desorden; es la banca rota, es la guerra civil, es el favoritismo, es la empuñadura, es la desorganizacion del ejército, es la demoralizacion de la sociedad, es en los caminos el reinado de los ladrones y en las ciudades el dominio de los demagogos, es la persecucion del catolicismo, es la destruccion de todo sentimiento de dignidad y de honor, es la ruina y la ignominia de la patria.

do le acomode, con pretexto de las facciones carlistas. No, no es suspendiendo las garantías constitucionales como se ha de acabar con el carlismo, sino estableciendo un gobierno fuerte y vigoroso, un gobierno de orden, cuyos principios conservadores satisfagan al país; reorganizando el ejército por medio del cumplimiento exacto y riguroso de la ordenanza; poniendo al frente de las tropas generales de autoridad y de prestigio. Lo que hay que hacer no es quitar garantías constitucionales, sino dar garantías de orden. Solo así se acabará la guerra civil. De otro modo aunque vaya el Sr. Estévez, ni la Asamblea en masa, podrán hacer otra cosa que lo que ha hecho Novillas, que es bastante poco. El país está cansado, muy cansado de tanto desbarajuste y tanto desatino; desea calma y tranquilidad, y si la causa de don Carlos no fuese tan anticuada á la inmensa mayoría de la nacion española, hace tiempo que se hubiera acabado todas las farasas que presenciamos. Los que amamos á la libertad y el sistema constitucional, á pesar de los grandes desengaños sufridos, sentimos de veras que la guerra civil no se termine, y que peso sobre nosotros la amenaza del carlismo. Estamos dispuestos á cooperar á todo aquello que contribuya á la destruccion de las partidas carlistas, pero no desconocemos la gran inconsecuencia de los federales y el inmenso ridículo de que se cubren reclamando ahora medidas extraordinarias, cuando las rechazaban hace poco. Suspéndase en buen hora las garantías constitucionales, si así lo juzga el gobierno necesario; pero al menos conste, que ya en adelante no tendrá derecho el federalismo para combatir á los demás partidos y que de esta ocasion ha quedado como un partido ageno por completo al gobierno, é ignorante é impotente para ejercer autoridad, para imponer el orden, y para dirigir los negocios públicos. El partido federal es el partido de la ley del embudo; para ellos lo ancho para los demás lo estrecho. Todo lo compone gritando ¡viva la libertad! con el palo en una mano y el fusil en la otra, dispuesto siempre á imponer al vecino su voluntad ó sus deseos, y marchando por el camino de la ley, mientras la ley consiste en que haga cada uno de (los federales se entiende) lo que le dé la gana. (Diario Español.)

EL CAOS DE LOS CAOS.

«Error de los errores, caos de los caos» llamaba á la monarquía democrática el mas insignificante orador de la tribu federal. Cuando pronunciaba estas palabras, acababa de contemplar, entre otras muchas cosas, el esplendor de la libertad Suiza, á mas sublime que las eternas cimas de los Alpes. Y lo decía en el seno de la atmósfera más sana, más saturada de libertad, que jamás ha respirado pueblo alguno. Adormecido en dulces ensueños en su Arcadia federal, el ilustre tribuno supo quemar muchos corazones con el buelco pintar los fantasmas de su imaginacion. Todas las tiranías vencidas, todas las cadenas rotas, los dolores calmados, todas las lágrimas enjagadas: tal, poco más ó menos, era el cuadro que, con temeraria confianza, nos presentaba uno y otro día; cuadro de tan delicado claro-oscuro, que no necesitaba, para su realce, el celaje más lixiante, ni el intermezzo más ostentoso. Tenéis miedo á la libertad, decía á los hombres que lanzaron de la patria una dinastía envilecida. Y esos hombres escribieron la Constitución de 1869, el decálogo más acabado de todos los derechos humanos. La voz ronca de las muchedumbres congregadas en uso de sus derechos políticos hablaba al oído del tribuno como la voz temerosa y sublime, pero inofensiva de los mases. El oleaje de las masas enardecidas por su propia cohesion no representaba á sus ojos otra cosa que el sordo caer de la catarata. El ancho dilatarse las pasiones populares no era el tumulto, primer peldaño de la escalera de la tiranía, sino la expansion casi divino del derecho en el fondo de las sociedades. Y porque aquellos hombres de alta prevision supieron distinguir entre el derecho y todos los despotismos, porque no quisieron arrojar á los pies de las muchedumbres la libertad que habian arrancado de manos de una dinastía opresora, porque una larga persecucion les habia alicionado en la ingratitud de las masas, se les arroja al rostro que tenían miedo á la libertad, mientras que solo tenían la tiranía, ora de lo alto de un trono, ora de lo más hondo del pueblo. Cuatro años de libertad, pero libertad práctica, real, efectiva, dejaron al idilio todo su valor ideal; al propio tiempo que justificaron la para intencion de los constituyentes. Todos los derechos florecieron cual nunca bajo la interinidad primeramente, y despues, en medio del error de los errores, en el seno del caos de los caos; y hasta tal punto fué respetada la libertad, que las insurrecciones de los partidos extremos no fueron poderosas á borrar ni un solo precepto de la ley fundamental. Los delirios absolutistas y las ingratitudes federales, solo consigieron fecundar con nuevo vigor el germen de libertad sembrado en 1868. Llegó un momento inesperado: la Provisencia quiso que se realizara el credo federal. Acontecimientos, que á la humana prudencia no es dado prever, ni dominar, prepararon el 11 de Febrero: un prólogo, —harlo sucinto,—de doce días, abrió de lleno los amenos paisos de la Arcadia, con sus dulces ensueños, sus buelcos fantasmas y sus no terrenales imaginaciones, no más tiranías ni cadenas, no más dolores ni lágrimas. La bendicion del cielo caía sobre nosotros, y era forzoso abrir el corazon á la gratitud y á la felicidad. No esperábamos nosotros,—confesamos de buen grado,—topar con gallardos pastores sosteniendo al dulce son de su caramillo, ni feos inocentes pastorcillos que, solas y señoras, anduviesen por carros y prados sin temor á los desmanes del amor al aire libre: no lo esperábamos, porque siempre

quemas muchos corazones con el buelco pintar los fantasmas de su imaginacion. Todas las tiranías vencidas, todas las cadenas rotas, los dolores calmados, todas las lágrimas enjagadas: tal, poco más ó menos, era el cuadro que, con temeraria confianza, nos presentaba uno y otro día; cuadro de tan delicado claro-oscuro, que no necesitaba, para su realce, el celaje más lixiante, ni el intermezzo más ostentoso. Tenéis miedo á la libertad, decía á los hombres que lanzaron de la patria una dinastía envilecida. Y esos hombres escribieron la Constitución de 1869, el decálogo más acabado de todos los derechos humanos. La voz ronca de las muchedumbres congregadas en uso de sus derechos políticos hablaba al oído del tribuno como la voz temerosa y sublime, pero inofensiva de los mases. El oleaje de las masas enardecidas por su propia cohesion no representaba á sus ojos otra cosa que el sordo caer de la catarata. El ancho dilatarse las pasiones populares no era el tumulto, primer peldaño de la escalera de la tiranía, sino la expansion casi divino del derecho en el fondo de las sociedades. Y porque aquellos hombres de alta prevision supieron distinguir entre el derecho y todos los despotismos, porque no quisieron arrojar á los pies de las muchedumbres la libertad que habian arrancado de manos de una dinastía opresora, porque una larga persecucion les habia alicionado en la ingratitud de las masas, se les arroja al rostro que tenían miedo á la libertad, mientras que solo tenían la tiranía, ora de lo alto de un trono, ora de lo más hondo del pueblo. Cuatro años de libertad, pero libertad práctica, real, efectiva, dejaron al idilio todo su valor ideal; al propio tiempo que justificaron la para intencion de los constituyentes. Todos los derechos florecieron cual nunca bajo la interinidad primeramente, y despues, en medio del error de los errores, en el seno del caos de los caos; y hasta tal punto fué respetada la libertad, que las insurrecciones de los partidos extremos no fueron poderosas á borrar ni un solo precepto de la ley fundamental. Los delirios absolutistas y las ingratitudes federales, solo consigieron fecundar con nuevo vigor el germen de libertad sembrado en 1868. Llegó un momento inesperado: la Provisencia quiso que se realizara el credo federal. Acontecimientos, que á la humana prudencia no es dado prever, ni dominar, prepararon el 11 de Febrero: un prólogo, —harlo sucinto,—de doce días, abrió de lleno los amenos paisos de la Arcadia, con sus dulces ensueños, sus buelcos fantasmas y sus no terrenales imaginaciones, no más tiranías ni cadenas, no más dolores ni lágrimas. La bendicion del cielo caía sobre nosotros, y era forzoso abrir el corazon á la gratitud y á la felicidad. No esperábamos nosotros,—confesamos de buen grado,—topar con gallardos pastores sosteniendo al dulce son de su caramillo, ni feos inocentes pastorcillos que, solas y señoras, anduviesen por carros y prados sin temor á los desmanes del amor al aire libre: no lo esperábamos, porque siempre

quemas muchos corazones con el buelco pintar los fantasmas de su imaginacion. Todas las tiranías vencidas, todas las cadenas rotas, los dolores calmados, todas las lágrimas enjagadas: tal, poco más ó menos, era el cuadro que, con temeraria confianza, nos presentaba uno y otro día; cuadro de tan delicado claro-oscuro, que no necesitaba, para su realce, el celaje más lixiante, ni el intermezzo más ostentoso. Tenéis miedo á la libertad, decía á los hombres que lanzaron de la patria una dinastía envilecida. Y esos hombres escribieron la Constitución de 1869, el decálogo más acabado de todos los derechos humanos. La voz ronca de las muchedumbres congregadas en uso de sus derechos políticos hablaba al oído del tribuno como la voz temerosa y sublime, pero inofensiva de los mases. El oleaje de las masas enardecidas por su propia cohesion no representaba á sus ojos otra cosa que el sordo caer de la catarata. El ancho dilatarse las pasiones populares no era el tumulto, primer peldaño de la escalera de la tiranía, sino la expansion casi divino del derecho en el fondo de las sociedades. Y porque aquellos hombres de alta prevision supieron distinguir entre el derecho y todos los despotismos, porque no quisieron arrojar á los pies de las muchedumbres la libertad que habian arrancado de manos de una dinastía opresora, porque una larga persecucion les habia alicionado en la ingratitud de las masas, se les arroja al rostro que tenían miedo á la libertad, mientras que solo tenían la tiranía, ora de lo alto de un trono, ora de lo más hondo del pueblo. Cuatro años de libertad, pero libertad práctica, real, efectiva, dejaron al idilio todo su valor ideal; al propio tiempo que justificaron la para intencion de los constituyentes. Todos los derechos florecieron cual nunca bajo la interinidad primeramente, y despues, en medio del error de los errores, en el seno del caos de los caos; y hasta tal punto fué respetada la libertad, que las insurrecciones de los partidos extremos no fueron poderosas á borrar ni un solo precepto de la ley fundamental. Los delirios absolutistas y las ingratitudes federales, solo consigieron fecundar con nuevo vigor el germen de libertad sembrado en 1868. Llegó un momento inesperado: la Provisencia quiso que se realizara el credo federal. Acontecimientos, que á la humana prudencia no es dado prever, ni dominar, prepararon el 11 de Febrero: un prólogo, —harlo sucinto,—de doce días, abrió de lleno los amenos paisos de la Arcadia, con sus dulces ensueños, sus buelcos fantasmas y sus no terrenales imaginaciones, no más tiranías ni cadenas, no más dolores ni lágrimas. La bendicion del cielo caía sobre nosotros, y era forzoso abrir el corazon á la gratitud y á la felicidad. No esperábamos nosotros,—confesamos de buen grado,—topar con gallardos pastores sosteniendo al dulce son de su caramillo, ni feos inocentes pastorcillos que, solas y señoras, anduviesen por carros y prados sin temor á los desmanes del amor al aire libre: no lo esperábamos, porque siempre

SECCION POLITICA. Alicante, 20 Junio de 1873.

LA SUSPENSION DE LAS GARANTIAS CONSTITUCIONALES. Roque Barcia lo ha dicho: hemos vuelto á los tiempos de Gonzalez Bravo, y los republicanos federales han tenido que convenir al fin, en que bajo el sistema que ellos tratan de establecer, es fuerza recurrir á restricciones de que solo han echado mano en España los gobiernos mas reaccionarios. ¿Qué se han hecho aquellas ardientes predicaciones contra las leyes preventivas? ¿Qué se ha hecho aquel continuo declamar contra los sistemas de fuerza; contra las detenciones arbitrarias; contra las inicuas deportaciones, y contra las violaciones del domicilio? ¿Han olvidado los federales, como dice con harta razon un colega, su oposicion furiosa al ministerio Serrano, cuando pretendió, hace un año, en circunstancias tan difíciles como las presentes la suspension de garantías, no como único medio de acabar la guerra, y de impedir el desquiciamiento social que ya entonces nos amenazaba, sino para el caso de que se necesitase hacer uso de aquellas facultades? ¿No recuerdan ya los federales que la suspension de garantías causó la muerte del último ministerio conservador, por que ellos en union con los radicales amenazaron furiosos al monarca con una conflagracion general, si concedia esas garantías, que ahora piden y que parece van á obtener, á juzgar por la facilidad con que las cortes han admitido á discusion la proposicion de los amigos del gobierno? Esta visto; los federales solo para escalar el poder ofrecieron al pueblo hacerle feliz, y darle con la libertad mas absoluta, todo género de garantías y de derechos inviolables; y no bien han empuñado las riendas del gobierno, cuando faltando á todas sus promesas, han demostrado que para poder mandar necesitan exhumar las practicas del mas irritante despotis-

22 NINGUNO DE LOS PRESENTES hizo la mas minima objecion á las disposiciones dictadas por el comandante. En los negocios de estado solian diferir y discutir los tres gobernadores del reino: en la manera de apreciar las cuestiones políticas, tampoco estaban siempre conformes; pero cuando se trataba de un plan de campaña, nadie osaba ni siquiera aventurar una observacion á lo que resolvía el experimentado D. Inigo de Velasco, cuya pericia corria parejas con su sereno valor. Apenas habia trascurrido una hora desde que D. Luis de Rojas, portador de la nueva de que los comuneros debian salir á las once de Torrelobaton, habia llegado á Peñafior, y ya rechinaban por la carretera de Toro; las cureñas del conde de Haro, precedidas de quinientos peones y seguidas de otros quinientos. Magnifico era el aspecto de los imperiales; la riqueza de las armaduras; la gallardia de los ginetes, la soberbia estampa de los corceles, todo revelaba en aquella hueste prosperidad y poderio; la correcta formacion de los infantes; la marcha regular de los escuadrones; la conveniente colocacion de la artilleria, todo dejaba adivinar que entre los soldados reinaba la mas estricta disciplina, y que entre los jefes militaban experimentados caudillos y capitanes aguerridos. Cuando al sonar las once de aquel melancólico día, salieron de Torrelobaton los comuneros seguidos de una angustiada multitud de niños y mujeres, que sintiendo en el alma un amargo presen-

23 EL ROLLO DE VILLALAR. qué dijo el de Haro, contestando á una prudente objecion de su padre: que los comuneros vayan recibiendo refuerzos que aumenten su hueste. —Pobres refuerzos repuso el almirante, puede proporcionarles ya; las desalentadas villas que le rodean. Perdonad, magnifico señor, dijo D. Pedro Laso; yo que hace poco me he separado de ellos sé que todavía alientan grandes esperanzas. Ya estabais vos en Tordesillas, cuando Juan Padilla, cuya audacia raya en la temeridad, salió una noche de Torrelobaton seguido solo de su escudero Adrian Losa, y se trasladó en secreto á Valladolid, á conferenciar con la Santa Junta, de donde regresó al otro día trayendo consigo un refuerzo de 2,000 infantes y 200 caballos, revelándonos lo que alli se habia convenido; hé aqui su plan: el caudillo toledano piensa correrse á Toro con toda la gente que pueda allegar en las poblaciones del tránsito. Una vez en aquella ciudad, que es una posicion formidable, esperará alli los contingentes de Zamora, de Salamanca, de Madrid y otras ciudades, con cuyas fuerzas, que no serán escasas, piensa encaminarse á Burgos, que dificilmente podrá resistirle, sino estorbamos que se realicen sus planes, y ponerse luego en combinacion con el conde de Salvatierra y con el obispo Acaña. —Ya lo ois, señores, dijo el almirante: conociendo los propósitos del enemigo, solo resta desbaratar esos propósitos, obrando con energia y con diligencia. Si Padilla y los suyos logran ganarnos la





